



PRÓLOGO DEL EDITOR

José Leoncio Areal

MOTIVACIONES

CUMPLIR LOS compromisos morales, esas obligaciones no escritas que te vas creando y que marcan una vida, es una de las satisfacciones y emociones más íntimas que uno puede permitirse. Nadie te lo exige, eres tú mismo el que te conviertes en defensor y valedor de la buena gente a la que la vida ha impuesto, y tenido que sufrir, situaciones que uno califica de inmerecidas e injustas. Es lo que me ha ocurrido con Francisca Herrera y Garrido, conocida en su entorno íntimo como Paquiña, con la que me unen vínculos familiares, al ser yo su sobrino nieto, su ahijado y actual heredero de su legado.

Cuando en 1987 se recupera su persona desde las instituciones en atención a su obra literaria, al designarla la Real Academia Gallega personalidad a la que dedicar el Día de las Letras Gallegas de aquel año, todos los comentarios y biografías que entonces se publican resumen su vida a que nació en una familia de la alta burguesía, nieta de don Andrés Garrido, rico «*banqueiro coruñés*», y que «... *recibiu unha esmerada educación, e unha formación básica con institutrices particulares, propias dunha señorita da súa clase...*», «... *rodeada de coidados e atencións, nun ambiente extremadamente relixioso e afectivo...*».

Con estas expresiones se describe el entorno de la escritora en el libro monográfico que con tal motivo publica la Xunta da Galicia, que lo hace con mucho esmero, pero con olvido de aquellos aspectos que me atrevería a llamar los valores propios de su ámbito, valores sociales que la acompañaron en su infancia y juventud, forjando su vida. Siempre se la identificó como persona romántica, idealista y muy religiosa, manera de ser que hoy en día no es atrevido ser calificada, siguiendo la moda de los anacronismos, de retrógrada, es decir, típica representante de un determinado ambiente ya caduco en su época; anacronismos que, inspirados en ciertos vulgarizados prismas actuales de la historia, resultan cuanto menos un tanto maniqueos, por no decir más.

Juzgar es una pretensión tan vana en historia, o más, como detener su reflejo invertido en las aguas falsamente quietas del tiempo. Humildad, sí, es estudiar y reestudiar la historia con juicio, con sentido, con inteligencia, axioma primario para cualquiera que pretenda hacer un análisis de tiempos pretéritos: no se puede intentar comprender el pasado imponiéndole los valores y normas del momento presente. Por otra parte, la intemporalidad es una trampa en la que se puede caer con facilidad y que no hace justicia ni al personaje que se estudia ni al juzgador. Criterios que fueron reafirmados en el diario digital de *La Voz de Galicia* del 26 de octubre de 2021 por la profesora e investigadora de la Universidad de Nueva York Jo Labanyl, en el congreso internacional celebrado en Galicia con motivo del centenario del fallecimiento de Emilia Pardo Bazán: «... no se puede pedir a personas que vivieron en el pasado que sean como nosotros somos hoy en día. Lo podemos aprender de la historia: el pasado no es el presente...». Y viceversa, podríamos añadir en un guiño.

VIVENCIAS

En estos momentos, mis recuerdos se remontan a comentarios oídos en casa de mis padres en Ourense, donde pasaron tanto ella como su hermana Quetiña largas temporadas. Con mi madre la unía un vínculo especial, entre amistoso y fraternal, aunque el sobrino era mi padre, al ser mi abuela hermana de la escritora. De esos encuentros rememoraba mi madre cómo Francisca entretenía y fascinaba a mis hermanas mayores con cuentos y fábulas que, llevando la paz y tranquilidad a las disputas infantiles, provocaban su silencio y admiración. La describía como una persona entrañable, más bien tímida, observadora e inteligente, de gran delicadeza de trato y forma de comportarse, que hacían la convivencia muy apacible. Una vez fallecida la escritora, su hermana Quetiña se vino a vivir con nosotros a Ourense hasta el final de sus días.

Entre estas y otras circunstancias que poblaron mi infancia, iba creciendo mi afecto hacia su persona y su obra; tanto que a través de los años se convirtió en curiosidad, y con ellas llegué a sentirme identificado y en deuda. Conservo vivo en la memoria que cuando tenía quince años y empecé a pasar los veranos con mis tías en Tui, en la casa de mis abuelos paternos Areal, fui abriendo uno a uno los cajones de madera, procedentes del desalojo del piso en el que había vivido la escritora en A Coruña, que guardaban parte del testimonio escrito de su vida y su obra. Me impresionó mucho cada libro que iba extrayendo de los cajones, algunos con dedicatorias de sus autores, que provocaban en mí sensaciones de respeto y a la vez de proximidad y de ternura. Ahí nace mi compromiso e inquietud por su persona, y la búsqueda, a través de la familia y amigos, de la entidad y sustancia de nuestra querida Paquiña. A este deseo de información, digamos intelectual, se unía la curiosa sensación

de su presencia, pues la habitación en la que yo dormía la compartía con algunos de los muebles que se pudieron recuperar del saqueo que sufrió su casa de Madrid durante la guerra civil: un sofá de caoba y un Collard & Collard (London, Trichord) de 1842. En este piano puedo decir que descubrí la música con el mayor de los placeres, gusto que me ha acompañado y me seguirá acompañando durante mi vida. Todavía lo conservo, junto con las partituras que interpretaban las dos hermanas.

En esta misma casa de Tui pasó Francisca Herrera largas temporadas. Venía a visitar a mi abuela María, que era hermana suya, casada con mi abuelo, don Pedro Areal, general de Caballería e hijo de don Esteban Areal, de quienes más adelante, en las *Notas del editor*, hablaré más detenidamente. Ni que decir tiene que mi abuela y toda la casa estaban encantados. Durante aquellas fechas, la entrañable armonía de las dos hermanas dulcificaba las estrictas normas de buen orden de don Pedro Areal. Me contaba una vez mi tía Luisa Areal que la escritora sentía una querencia especial por nuestro jardín y que ella, mi tía Luisa, la vio en muchas ocasiones observar casi religiosamente, como a un tótem familiar, el gran peral que todavía hoy lo preside, cargado de frutos, siempre animado, por no decir mimado, por el canto y el bullir de los pájaros que en él anidan.

Muchas tardes se reunían en la solana la familia y los amigos de toda la vida. Eran tertulias en las que la conversación poblaba, cuando hacía buen tiempo, la terraza desde la que se divisa la gran anchura del río Miño hasta la fraternal vega portuguesa en la otra orilla. A todos los contertulios, los Marquina y los de la Rica y los Gil Caramés y los Ruibal y los Cuervo y los Salgado Peña Redonda y los Cela, la poetisa, como así la llamaban, les provocaba esa curiosidad que la sencillez, la inteligencia y la empatía cautivan.

AGRADECIMIENTOS

Cuando inicié el recorrido, con ánimo altruista, de reeditar la obra literaria en gallego de mi tía Francisca Herrera, labor en la que llevamos casi cinco años de andadura, mi dificultad mayor e inicial era localizar quién podía llevarla a cabo con todas las garantías académicas que la ocasión merece. Ante esta circunstancia, tengo que destacar de modo especial al poeta y académico numerario de la Real Academia Gallega don Gonzalo Navaza, por sus buenos consejos y recomendaciones. La decisión fue unánime: la escritora y profesora emérita de lengua y literatura gallega de la Universidad de Vigo Camiño Noia Campos era la persona en la que había total acuerdo. No la conocía personalmente, pero sí su obra. Desde el primer momento supe que no me equivocaba. Nunca me defraudó. Su entrega desinteresada ha sido digna expresión de su categoría personal y profesional. Buena conocedora del idioma gallego en todas sus expresiones, su interés genuino en la investigación de Francisca Herrera en su faceta humana y literaria, nunca olvidó el tono cordial, que la caracteriza al defender con elegancia apreciaciones o matices en que pudo haber, hay y habrá, seguramente, diferencias de criterio. Todos los comentarios de la obra literaria de Francisca Herrera y de su biografía son de la autoría de Camiño Noia, íntegramente suyos. Esta reedición no hubiese sido posible sin su intervención, por lo que conservaré siempre mi agradecimiento y amistad por su esfuerzo, cariño y generosidad por culminarla con éxito. Gratitud que se hace extensiva a su marido, Xulián Maure Rivas, y a sus colaboradores, Antía Monteagudo y Manuel Vila-boa. También y de modo especial a Nieves Loperena de Saá, mi amiga, la diseñadora y maquetista de la obra, que siempre recordaré, pues supo interpretar nuestro sentir y que, con su

profundo conocimiento del mundo de los libros y de todo lo que les rodea, ha sabido ser guía indiscutible de esta edición.

Aunque ellos puedan negarse a reconocerlo, no puedo mantener en silencio mi agradecimiento al mecenas José Crespo de Fontoura y al profesor Calixto Varela, y demás contertulios de la «Palestra galaico-portuguesa» del pazo de Fontoura en Valença do Minho. En estas reuniones literarias y de debates contrastados de ideas, en las que nuestro anfitrión se complace en favorecer la conversación ininterrumpida entre ambas riberas del río Miño, he coincidido con los buenos amigos que animaron mi intención de encauzar, concretizar y llevar a buen término este empeño que veo felizmente cumplido.

Por último, mi agradecimiento a mi sobrino, también sobrino nieto de la escritora, Pedro Areal, por su apoyo incondicional y sus aportaciones, tanto documentales como de criterio, para ver cumplido el objetivo que se pretendía.

Con esta reedición de la obra literaria en gallego normalizado de mi tía Francisca Herrera y Garrido, doy por realizado mi compromiso, nacido en los albores de mi infancia y juventud, de perpetuar su memoria, responsabilidad que he alimentado a lo largo de mi vida y cumplido con entusiasmo estos últimos años. Aquí la entrego en su homenaje. Serán los futuros lectores los que le den, así lo deseo, nuevos y enriquecedores enfoques convocados por la herencia que nos ha dejado su experiencia vital y la impronta literaria de sus escritos.